

PRIMERA VIDA GRIEGA DE SAN PACOMIO¹

(Continuación: Caps. 100-150)

Conversión de los hermanos murmuradores de Pabau

100. En el monasterio de Pabau había diez hermanos ancianos, que aunque castos en su cuerpo, murmuraban con frecuencia y no obedecían (a Pacomio) con fe. Como el hombre de Dios era paciente y amaba las almas, sobre todo aquellas a las que, durante mucho tiempo, había amonestado y exhortado, llegando incluso a fatigarse, no les quería dejar de lado. Él se lamentaba por ellos ante el Señor, humillando su alma con el ayuno (*Sal* 35 [34],13), permaneciendo sin alimento seis días y velando hasta cuarenta días: su cuerpo adelgazó mucho y se debilitó. Después de esto, el Señor lo escuchó y cada uno de ellos recibió la comprensión de sus errores, por lo que fue curado lo más posible. Y con estas disposiciones murieron².

El hermano picado por un escorpión

101. Había un hermano, de espíritu fuerte, que rivalizaba con (Pacomio) en soportar el dolor³. Un día mientras rezaba, un escorpión le picó un pie. Entonces, habiendo posado el pie picado sobre el escorpión, rezó así: “Si Dios no me cura, ¿quién me curará?”. Al principio intentó soportar el mal, pero cuando el sufrimiento causado por el veneno comenzó a atormentarle el corazón, faltó poco para que entregase su espíritu. Pero, esforzándose en resistir, venció el tormento hasta la hora de la *synaxis*.

¹ Continuación del texto publicado en *CuadMon* 172 (2010), pp. 87-110; 173 (2010), pp. 243-268; 174 (2010), pp. 377-391.

² “Estas disposiciones”, la traducción literal es: “Y así murieron”.

³ En SBo 99, este hermano es llamado Pablo (Veilleux, p. 418).



Otra visión de Pacomio

102. Una vez el abad Pacomio contó a los hermanos lo siguiente, que es una especie de visión: «Un día vi un amplio lugar con muchas columnas, donde había numerosos hombres que no veían su camino y algunos de ellos que daban vueltas entre las columnas, pensando haber realizado un largo viaje para llegar a la luz. Y de todas partes (se escuchó) una voz: “Miren, la luz está aquí”. Dieron media vuelta para encontrar la luz. La voz se hizo escuchar nuevamente y de nuevo ellos se dieron vuelta. Había una gran desdicha. En seguida vi una lámpara que avanzaba delante de muchos hombres: cuatro de ellos veían la luz y todos seguían a éstos, cada uno sosteniendo el hombro de su vecino para no extraviarse en la oscuridad; y si alguno se separaba del que lo precedía, se perdía con los que lo seguían. Habiendo reconocido a dos de ellos, que se habían separado de su vecino, les grité: “Tengan cuidado de no perderse a ustedes mismos y a los otros”. Y, conducidos por la lámpara, los que la seguían subieron hasta la luz a través de una abertura». Esta visión la contó parcialmente a algunos (hermanos). (Nosotros) la oímos de él, después de largo tiempo, con la siguiente explicación: “Este mundo es la casa tenebrosa; es tenebrosa por sus errores; cada herejía piensa tener el camino recto. La lámpara es la fe en Cristo, que salva a quienes creen rectamente y conduce al reino de Dios”.

Un monje malvado es privado de los funerales

103. Falleció un día un hermano en el monasterio. Después de los funerales⁴, (Pacomio) no permitió a los hermanos cantar salmos delante del muerto, según era costumbre, hasta que se le condujese a la montaña; además, no se ofreció la Eucaristía⁵ por él. Recogió las vestimentas (del hermano) en el medio del monasterio y las quemó, llenando de temor a todos para que no descuidasen sus vidas. Cómo (Pacomio) soportó a ese hermano hasta que murió, no lo sabemos. Pero sabemos esto: los hombres de Dios no hacen nada perjudicial; su severidad y su bondad son medidas por su conocimiento de Dios.

⁴ Otra versión posible: “después de la preparación del cuerpo” (Veilleux, p. 368). También se podría traducir: “después de las honras fúnebres”.

⁵ *Prosporá*.

Historia del joven Silvano

104. Había un jovencito llamado Silvano a quien nuestro padre Pacomio había dado instrucciones antes de introducirlo en el monasterio. Pero después él las descuidaba y reía mucho. (Pacomio) lo llamó y le dijo: «¿Cuáles instrucciones te he dado? ¿No sabes que es una gran cosa llegar a ser un monje? Te lo advertí en las puertas: “Examínate a ti mismo para ver si puedes ser monje”. Y tú prometiste delante de Dios: “Seré monje”. Ahora, si deseas verdaderamente la vida eterna, ¿por qué no vigilas sobre ti mismo, en vez de liberar tu corazón? Pero ya que todavía no quieres mirar con temor el juicio de Dios, levántate, vuelve con tus padres, no permanezcas aquí». Al oír esto, el niño lloró copiosamente, no queriendo retornar a la vida del mundo; y prometió con gran súplica que se convertiría en un monje verdadero⁶. Siendo paciente con él, (Pacomio) llamó a un gran monje llamado Psenamón y le dijo en ausencia del niño: “Sabemos que, durante mucho tiempo, te has fatigado en la ascesis. Pero ahora por el amor de Dios, toma este niño y sufre con él en todas las cosas hasta que sea salvado. Porque sabes que tengo muchas ocupaciones relativas a los hermanos”.

Continuación de la historia de Silvano

105. Trabajaban, entonces, juntos haciendo esteras, realizando el ayuno y las oraciones como convenía. El niño, habiendo recibido el mandato de obedecer, obedecía (a Psenamón) en todas las cosas. No comía ni una hoja de verdura sin preguntar. Era humilde, grande (en la virtud), dócil y no abría la boca; no se apresuraba en levantar los ojos hacia alguien y practicaba la ascesis con rigor. Además, se dedicaba a las vigilias de modo que, después de haber orado abundantemente, fatigado, se sentaba en medio de su celda trenzando toda la noche, y de ese modo gobernaba la necesidad de sueño. Así, para no decir demasiado, se convirtió en un hombre viviente⁷.

Un día en que los hermanos estaban sentados, el abad Pacomio comenzó a hablarles con estas palabras: “Hay entre nosotros un hombre que, desde que me he convertido en monje, no he visto ninguno parecido. Como una lana blanca que se tiñe en púrpura preciosa y la tintura no se borra jamás, lo mismo esta alma ha sido teñida por el Santo Espíritu. Si, después de haber escuchado tal testimonio, piensa que me refiero a él,

⁶ Literalmente: “que sería como un monje debe ser”.

⁷ Anota Veilleux: “Es una hermosa expresión de la finalidad de la vida monástica” (p. 418).

no se alegrará; si se le critica, no se entristecerá: permanece el mismo sin inmutarse”. Teodoro tomó la palabra y dijo al Padre: “Padre, muéstranoslo. ¿Será más grande que Petronio y Cornelio?”. (Pacomio) les dijo: “¿Por qué nombrar a otros? Es más grande que tú mismo. Por la edad, la ascesis y el conocimiento ustedes son sus padres; pero por su profunda humildad y su pureza de conciencia, él es grande. La bestia a la que hacen la guerra ha sido atada y puesta bajo los pies de ustedes; pero si son descuidados, se suelta y se levanta contra ustedes. Pero Silvano la ha degollado”. Después de haber vivido así siete años, murió. Y Pacomio se alegró grandemente.

Cuanto más rivalizaban mutuamente en las buenas obras, más progresaban, sobre todo viendo ante ellos cómo es fuerte en el espíritu aquél en quien vive Cristo.

La gran prueba de Teodoro

106. Teodoro, como lo hemos dicho, tenía la función, después de (Pacomio), de consolar las almas de los hermanos. Después de siete años, el Señor, para probarle, le sometió a una gran prueba. Los padres ancianos y los superiores⁸ de los monasterios se reunieron con él, cuando el abad Pacomio estaba enfermo, y le dijeron: “Puede ser que el Señor visite imprevistamente a nuestro padre, lo que nos haría miserables. Puesto que ninguno de nosotros conoce su entera forma de vida como tú, déjate persuadir y promete que si eso sucediera, no rechazarás ser establecido su sucesor, para que los hermanos no se dispersen”. Después de haber suplicado mucho sobre esto sin que (ellos) cediesen, les dio su palabra.

Más tarde, cuando el abad Pacomio escuchó eso, no le gustó; llamó a todos los jefes de los monasterios: Sourus, Psentaes, Pafnucio, Cornelio y Teodoro, les dijo: «Que cada uno diga su falta. Yo diré la mía primero: “He descuidado visitar y consolar a los hermanos porque fui a la isla donde, todo el día, trabajo en el campo para alimentar a los hermanos” -porque entonces había hambre-. “Tú, Teodoro, di la tuya”. Él dijo: “Durante siete años he sido enviado por ti a los monasterios para visitarlos y ordenar todo como tú (lo haces), y jamás ha subido a mi corazón que después de ti ocuparé tu lugar. Pero ahora este pensamiento me aflige y no he podido vencerlo todavía”. El abad Pacomio le dijo: “Muy bien. Tú ya no tienes ninguna autoridad sobre algo. Retírate solo a algún lugar y ruega al Señor que te perdone”».

(Teodoro) se levantó muy apesadumbrado y fue a una celda apar-

⁸ Lit.: “las cabezas” (*kephalaí*).

tada para lamentarse con lágrimas y mucho dolor, temiendo que Dios le hubiera retirado su rostro por haber afligido a su servidor; porque consideraba a Pacomio como perfecto e invencible.

Penitencia de Teodoro. La parábola de la canasta

107. (Teodoro) pasó dos años en esa penitencia. Los grandes hermanos le consolaban a menudo, puesto que para ellos lo que había pasado no era un pecado, sino sólo un pensamiento: “Después de él, seré yo”. (Pacomio) le impuso la penitencia porque lo quería hacer perfecto y completamente libre de la ambición de poder. Antes de retirarse, Teodoro le dijo: “Debo arreglar un asunto en Monchosis, envíame y regresaré en seguida”. (Pacomio) lo envió solo. Mientras iba, lloraba diciendo: “Señor, ¿acaso tengo conversión?”⁹.

Cuando arribó a Chenoboskion subió al barco. Había dos ancianos en el bote. Uno de ellos comenzó a alabar a Teodoro, diciendo al otro: “Bienaventurado ese monje”. El otro dijo: “¿Cómo llamas bienaventurado a ese miserable? Ha alcanzado evidentemente la medida de la canasta”. El otro dijo: “¿Cuál es esa medida?”. El primero dijo: «Había un campesino muy severo, por lo que era difícil para alguien convivir un año entero con él. Pero uno se levantó, fue y le dijo: “Yo trabajaré contigo”. “Muy bien”, le respondió. Un día de riego, el campesino dijo: “Llevemos agua por la noche para regar el campo, no durante el día”. El otro respondió: “Esa es sabiduría. Así nadie, ni animal, ni hombre, ni ninguna otra criatura, beba el agua de nuestra zanja”. Cuando iba a labrar (la tierra), (el campesino) le dijo: “Sembremos así nuestro campo: un surco de trigo, otro de cebada, otro de lentejas, otro de garbanzos y el resto igualmente”. El otro dijo: “He aquí mayor sagacidad que en el caso precedente, porque nuestra siembra se verá hermosa por la diversidad de las flores”. Y cuando la siembra estaba sin haber dado todavía el grano, (el campesino) dijo: “Vayamos a cosechar”. El otro respondió: “Vayamos. Es grande la ventaja de la paja: se encuentra verde y bella”. Después de la trilla, el campesino le dijo que trajese la canasta: “Y cuando hayamos medido la paja, la llevaremos adentro”. El otro respondió: “Es una cosa más sensata que todas las decisiones anteriores, porque así la paja será bien conservada”. Entonces, cuando el campesino lo probó en todas las ocasiones, y constató que le obedecía sin doblez de corazón¹⁰, le dijo: “No

⁹ En la espiritualidad pacomiana el pecador puede hacer penitencia, pero la *metanoia*, el arrepentimiento, la conversión, es un don que se recibe de Dios (Veilleux, p. 418).

¹⁰ Lit.: no separado (*adiákritos*). También podría traducirse por: obediencia incondicional, como en G¹ § 36 (cf. Veilleux, p. 272).

serás más para mi un sirviente asalariado, sino un hijo y un heredero”. Por lo tanto si también ese (monje) ha sido medido por la canasta, merece ser llamado bienaventurado».

Continuación del anterior relato

108. Entonces, el otro anciano dijo: “Me has contado una parábola; enséñame su significado”. El primero respondió: “El campesino es Dios: Él es severo porque ordena llevar la cruz¹¹ y no (hacer) la voluntad de (nuestro) corazón¹². De hecho, Pacomio, padre de ese (hombre), fue por una obediencia total (a Dios) como se hizo agradable¹³ en su presencia¹⁴. Si ese (hombre) también es paciente, a semejanza de Pacomio, será su heredero”. Oyendo esto (Teodoro) se fortaleció, admirando lo que lo que se había dicho y a los que lo habían dicho. Y descendiendo del barco, no los vio más, porque eran ángeles de Dios, que se le habían aparecido para corregirlo y consolarlo, como lo testimonió más tarde al abad Pacomio. Después de llegar al monasterio y de haber retornado a Pabau, Teodoro consideró lo que había escuchado y quedó reconfortado. Él estaba afligido, no por haber sido castigado, sino por haber aceptado semejante pensamiento; sobre todo por haber escuchado decir al abad Pacomio: «Lo mismo que un cadáver no dice a otros cadáveres: “Yo soy su cabeza”, así yo jamás he considerado que soy el padre de los hermanos. Sólo Dios es su padre»¹⁵.

Viaje de Teodoro a Alejandría

109. Después de esto, un cierto Zaqueo¹⁶, uno de los servidores de los hermanos, un hombre de Dios, preguntó al abad Pacomio por Teodoro, diciendo: “Los ojos de Teodoro se han arruinado por el llanto. ¿Quieres que lo lleve conmigo en el barco hacia Alejandría?”. (Pacomio) le dijo: “Llévalo”.

¹¹ Cf. *Mt* 10,38; *Lc* 9,23; 14,27.

¹² Cf. *Jr* 23,26.

¹³ Cf. *Hb* 13,21.

¹⁴ Cf. *Gn* 17,1.

¹⁵ Cf. *Mt* 23,9.

¹⁶ Este viaje tuvo lugar en el año 345, probablemente en septiembre u octubre. Durante dicho viaje se celebró el Sínodo de Latópolis (G¹ § 112). Según SBo 96, Zaqueo era el jefe de los boteros o barqueros (cf. Veilleux, p. 418). “Uno de los servidores de los hermanos” es la traducción de: *tis tés diakonías ton adelphón*.

En el barco y en todas partes, era como un neófito que se había hecho monje el día anterior, adornado de una profunda humildad y bondad (*Ef* 4,2). Y después de esto, el abad Pacomio declaró que el Señor le había concedido la gracia de multiplicar siete veces sus progresos anteriores¹⁷.

Obediencia de Pacomio a la regla común

110. El mismo abad Pacomio estaba sometido al jefe de la casa, mostrándose más humilde que todos, como está escrito: “*Tierra montañosa y baja*” (*Dt* 11,11). A la hora de la instrucción, escuchaba con los otros hermanos de la casa. Sus túnicas estaban en una celda, bajo la autoridad del jefe de la casa. En una palabra, no tenía permiso de tomar para sí mismo ninguna cosa necesaria para el cuerpo sin (el conocimiento) del ecónomo. Porque, más aún que las torturas eternas, temía convertirse en extranjero respecto a la humildad y a la dulzura del Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo¹⁸.

Pregunta de Teodoro el Alejandrino y respuesta de Pacomio

111. Un día en que los hermanos estaban saliendo de comer y recibían, frente a las puertas, el así llamado *korsenélion*¹⁹, como era costumbre allí, (Pacomio) vino también para recibir su porción. Después se

¹⁷ La rehabilitación de Teodoro tuvo lugar al fin del año 345, o al inicio del siguiente, pocos meses antes de la muerte de Pacomio. Pero aunque éste lo envió de nuevo a visitar a los hermanos, no queda claro si realmente lo reinstaló como asistente suyo (Veilleux, pp. 282-283).

¹⁸ Cf. *Mt* 11,29. “Este párrafo no tiene nada en común con lo que lo precede o lo que sigue. Es otro agregado del redactor de G¹, inspirado directamente en las *Reglas* (Veilleux, p. 418). Cf., por ejemplo, Pr. 70: “Los hermanos recogerán las túnicas a la tarde cuando ya estén secas, y las darán al segundo (es decir, al que sigue en orden al prepósito), quien las remitirá a la ropería... No serán guardadas por los hermanos en sus celdas, las entregarán para que estén ordenadas en la ropería hasta el sábado”; y Leg. 15: “A propósito de los vestidos. Si alguno tiene más ropa de lo que la regla autoriza, la remitirá al que la guarda en la ropería sin esperar la advertencia del superior y no podrá entrar para pedirla, porque esas prendas estarán a disposición del prepósito y de su segundo”.

¹⁹ “Especie de alimento dulce, que se distribuía a los hermanos después de las comidas” (Veilleux, p. 418). Pr. 37: “Aquél que, a las puertas del refectorio, distribuye el postre a los hermanos que salen de la mesa...”. Pr. 38: “El que recibe el postre que se da, no lo pondrá en su cogulla sino en su piel (de cabra) y no lo comerá antes de haber llegado a su casa. El que distribuye el postre a los hermanos recibirá su porción de manos de su prepósito, lo que harán también los otros servidores, quienes lo recibirán de otro sin nada arrogarse por propia voluntad...”.

retiró a su casa y Teodoro de Alejandría, del que ya hemos hablado, habiendo tomado su parte, le siguió. Fue adonde vivía (Pacomio), se sentó, y le preguntó: “He escuchado decir respecto a Cornelio que es extremadamente dueño de sí mismo y que, durante toda la *synaxis*, no permite que su mente se distraiga. Ahora bien, en esta hora (pasada), yo también traté con gran vigilancia y apenas pude hacer tres oraciones reteniendo mi pensamiento. ¿Cómo puedo escuchar la palabra de Dios y rezar sin tener la mente distraída?”. (Pacomio) le contó esta parábola: “Un hombre esclavo según la carne, si ve a un hombre libre, aunque sea pobre, desea la libertad; si un pobre ve a un comandante, quiere ser un comandante; si un comandante ve a un rey, también desea fervientemente llegar a ser rey. Y a Cornelio se le concedió eso después de mucha lucha por la gracia del Señor. Tú trabaja de la misma forma con confianza y recibirás según tu mérito”.

*El Sínodo de Latópolis*²⁰

112. Cuando la fama de (Pacomio) se extendió hasta muy lejos, se hablaba sobre él, algunos mesuradamente y otros exageradamente. Y en cierta ocasión se dudaba de su, así llamada, clarividencia; entonces, fue convocado a la iglesia de Latópolis, en presencia de monjes y obispos, para responder sobre esto. Vino con algunos hermanos ancianos y, mirando a los que lo querellaban²¹, guardó silencio. Cuando fue invitado a defenderse por los obispos Filón y Mouei²², él les dijo: “¿No eran ustedes en un tiempo monjes conmigo en el monasterio antes de ser obispos? ¿No me han visto amar a Dios, por su gracia, como ustedes mismos, y cuidar de los hermanos? Cuando Moisés de Magdólón²³, como se le llamaba, fue poseído y los demonios lo arrebataron para matarlo en las cavernas, ¿no saben cómo, por mi intermedio, la gracia de Dios lo socorrió? Para no decir nada del resto”. Ellos le respondieron: “Creemos que eres un hombre de Dios, y sabemos que has visto a los demonios, haciéndoles la guerra para que se alejen de las almas. Pero como el don de clarividencia es algo grande,

²⁰ Pacomio menciona este Sínodo en el § 113 de G¹, al retornar Teodoro de Alejandría. Lo cual nos permite ubicarlo en el año 345, menos de un año antes de la muerte de Pacomio.

²¹ Lit.: “a los que amaban las querellas” (*philoneikoyntas*).

²² Filón fue promovido a la sede de Tebas en el año 339. En tanto que Mouei posiblemente era obispo de Latópolis en el momento de la celebración del Sínodo (Veilleux, p. 418).

²³ Seguimos a Veilleux que considera el nombre “Magdalón” se refiere a una ciudad. Pero también podría traducirse como sigue: «el así llamado “torre de vigilancia”» (cf. Festugièrre, p. 219; Veilleux, p. 418).

defiéndete de nuevo sobre esto, y persuadiremos a los que murmuran”.

Entonces él les dijo: «¿No me han escuchado decir muchas veces que fui un niño nacido de padres paganos, que no sabía quién era Dios? ¿Quién, entonces, me dio la gracia de convertirme en cristiano? ¿No ha sido el mismo Dios que ama a los hombres? Después, como había pocos monjes, apenas se encontraban grupos separados de dos, cinco o, a lo sumo, diez, y con gran dificultad se gobernaban mutuamente en el temor de Dios. Ahora nosotros somos esta gran multitud, nueve monasterios, en los que nos apresuramos día y noche, por la misericordia divina, a conservar nuestras almas sin reproche. También ustedes confiesan que saben discernir lo concerniente a los espíritus impuros; por otra parte, el Señor nos ha concedido reconocer, cuando Él lo quiere, quién de los monjes anda correctamente y quien es monje sólo en apariencia. Pero dejemos allí el carisma de Dios. Los sabios y prudentes del mundo, si pasan algunos días en medio de los hombres, ¿no saben discernir y reconocer la disposición de cada uno? Y Aquél que ha derramado su sangre por nosotros (*Hb* 9,12), Sabiduría del Padre (*1 Co* 1,24), si ve a alguien temblando con todo su corazón por la pérdida de su prójimo, sobre todo de un gran número, ¿no le concederá el medio para salvarlo irreprochable, sea por el discernimiento del Espíritu Santo, sea por una visión, cuando el Señor lo quiera? No crean, en efecto, que yo veo las realidades de nuestra salvación cuando quiero, sino sólo cuando Aquél que gobierna todo me muestra su confianza. El hombre, por sí mismo, es como vanidad (*Sal* 143 [144],4); pero cuando verdaderamente se ha sometido a Dios, ya no es más vanidad sino un templo de Dios (*2 Co* 6,16), como lo dice Dios mismo: “*Habitaré en ellos*” (*Jn* 14,23)²⁴. No dice “en todos” sino sólo en los santos: en ustedes y en todos, y también en Pacomio si hace la voluntad de Dios».

Al oír estas palabras, estaban admirados de la sinceridad²⁵ y humildad del hombre. Cuando terminó de hablar, un hombre poseído por el enemigo llegó con una espada para degollarlo. Pero el Señor lo salvó por medio de los hermanos que lo acompañaban, mientras el tumulto reinaba en la iglesia. Mientras algunos hablaban de una manera y otros de otra, los hermanos se salvaron del peligro y fueron al último monasterio, aquél llamado Pachnoum (o: Phnoum)²⁶ en el distrito de la ciudad de Latópolis.

²⁴ Texto citado por Orsísio en su *Testamento* (n. 44): “... Al custodiar lo que nos fue mandado, haremos manifiesto que amamos a Dios, como atestigua en otro lugar la Escritura: *El que oye mis mandamientos y los pone en práctica, ese me ama; el que me ama, es amado por mi Padre, y yo lo amaré, y yo y mi Padre vendremos y habitaremos en él, y me mostraré a él* (*Jn* 14,21. 23).

²⁵ *Parresian*.

²⁶ Fue la última fundación efectuada por san Pacomio; era también la más lejana, río arriba.

Teodoro y Zaqueo regresan de Alejandría. Solicitud de Pacomio por la Iglesia

113. Después que el barco regresó de Alejandría -había sólo dos barcos²⁷ para todo el cenobio, uno para vender las esteras para procurarse los alimentos y otras cosas necesarias; el otro para sus túnicas- Zaqueo y Teodoro, habiendo desembarcado, saludaron a (Pacomio) y a los hermanos. Él les dijo: “¿Cómo está la Iglesia?”. En efecto, estaba afligido por ella a causa de los blasfemos Arrianos que, con un cierto Gregorio²⁸, la habían asaltado violentamente (*Jb* 30,5), como bandidos. Oraba a Dios por ella, sintiendo una gran pena en su corazón porque el pueblo de Dios estaba expuesto a tales injusticias, privado del arzobispo Atanasio²⁹, el *crístóforo*. Y dijo: “Creemos en el Señor; Él ha permitido que todo esto suceda para probar a los creyentes, pero el castigo vendrá pronto y no tardará” (*Si* 7,16; cf. *Lc* 18,8). Después les contó la aflicción que había sufrido en Latópolis, agradeciendo y diciendo: “Nos es necesario soportar toda clase de pruebas (*St* 1,12)³⁰: no son nocivas. Los padres y hermanos que examinan nuestros asuntos son ortodoxos; y aunque el enemigo ha hecho el mal (*Sal* 74 [73],3) en algunos que eran de los nuestros pero que, por un tiempo, estaban fuera de la muralla, es decir de la ley, Dios nos ha salvado a nosotros y a ellos. En cuanto al muy santo papa, contra quien desde tanto tiempo combaten los enemigos, él es verdaderamente bienaventurado. Nada pueden contra él, porque tiene a Dios para sostenerlo en su fe. Y la palabra de la Escritura se cumplirá en él: “*Cada voz que se levante contra ti en el juicio, a todas las vencerás*” (*Is* 54,17)”. Así sucedió; el arzobispo fue reinstalado en la Iglesia con honor³¹.

²⁷ “Estos dos barcos fueron entregados a la *Koinonía* uno, por un concejal de Kos, y el otro, por el obispo Arios de Smin (cf. SBo 53 y 54). Más tarde, cada monasterio construiría sus propias embarcaciones (cf. G¹ § 146). Al parecer era costumbre hacer un viaje anual a Alejandría (cf. G¹ §§ 109 y 120)” (Veilleux, p. 419).

²⁸ Ocupó la sede de Alejandría entre los años 339-345, aprovechando el exilio de Atanasio. Era favorable a los arrianos.

²⁹ Se encontraba en el exilio desde el año 339.

³⁰ Pasaje también citado por Orsio en su *Testamento* (n. 50).

³¹ San Atanasio regresó a su sede el 21 de octubre de 346. Hay que distinguir este viaje a Alejandría del que se efectuará luego de la muerte de Pacomio (cf. G § 120).

Peste en los monasterios. Pacomio cae enfermo

114. Después de la Pascua una enfermedad cayó sobre los hermanos por (permisión) del Señor. En todos los monasterios murieron hermanos, cerca de cien y aún más, en el mismo lapso. (Pacomio) mismo enfermó. La enfermedad era una peste: cuando la fiebre se apoderaba de alguien, inmediatamente cambiaba de color, sus ojos se inyectaban de sangre y parecía como ahogado hasta que entregaba su espíritu. Fue entonces cuando murió Sourous, superior (*higúmeno*) del monasterio de Phnonum, al igual que Cornelio, del monasterio de Monchosis, y Pafnucio, ecónomo de todos los monasterios, que residía en Pabau, y muchos otros grandes hermanos. Teodoro servía al abad Pacomio, cuyo cuerpo, debido a la duración de la enfermedad, adelgazó extremadamente. Pero su corazón y sus ojos eran un fuego ardiente.

Dos días antes de su muerte, convocó a los otros padres de los monasterios y a los otros superiores (*higúmenos*), y les dijo: “Miren, ven que el Señor me visita. Elijan, entonces, para ustedes a aquél que es capaz de gobernarlos en el Señor”. Llamó a uno de ellos, del monasterio de Chenoboskion, llamado Orsio. Un hombre fuerte en la fe, humilde y bueno. Le dijo: “Ve del uno al otro y pregúntales a quién han elegido”. Hizo la vuelta, y ellos decían sollozando: “Desde que el Señor nos ha puesto entre tus manos, sólo te conocemos a ti”; (entonces Pacomio) les dijo: “Créanme en esto, considero que Petronio es capaz de cuidar de ustedes, si permanece con vida”. En efecto, él también estaba enfermo en su monasterio, llamado Tsmine, en la región de Panópolis³².

Pacomio rechaza una frazada especial

115. Después que los padres rezaron y se retiraron, el abad Pacomio dijo a un hermano: “Hazme una caridad, tráeme una buena frazada, ésta es muy pesada y mi cuerpo no la soporta: hace cuarenta días que estoy enfermo, pero doy gracias a Dios”. El hermano fue al economato³³, tomó una buena frazada ligera y la puso sobre él. Viendo la diferencia de esta frazada, él le dijo: “Quítala. No debo distinguirme en nada de los hermanos. Me arreglaré de una forma u otra hasta que salga del cuerpo”.

³² G¹ no menciona previamente que Petronio era el superior de Tsmine. Pero sabemos, por SBo, que después de la fundación de este último, Pacomio trasladó a Petronio de su monasterio de Thebew y lo estableció en aquel, con autoridad sobre los otros monasterios de la región de Panópolis(cf. SBo 57)” (Veilleux, p. 419).

³³ *Oikonomeion*. Cf. Pr. 105.

Muerte de Pacomio

116. (Pacomio) estaba agonizando, a punto de entregar su espíritu. Tomó con un gesto suplicante la barba de Teodoro y le dijo: “Si esconden mis huesos³⁴, llévalos lejos de aquí”. Teodoro pensó que le recomendaba no dejar su cuerpo donde lo enterrarían sino que lo transportase secretamente a otra parte. Pero Pacomio le dijo: “No te digo sólo esto, sino también aquello”. Y le hizo tres veces esta recomendación. Le dijo también que no descuidara a los hermanos negligentes consigo mismo, sino que los estimulara por la ley de Dios. Teodoro le dijo: “Muy bien”. Y fue así como entregó su santa alma el catorce del mes de *Pachón* (o: *Pasons*)³⁵. (Los hermanos) pasaron toda la noche velando junto a él, con lecturas y oraciones. Después su cuerpo fue preparado y llevado a la montaña, como era la costumbre, salmodiando³⁶, y sepultado. Cuando (todos) habían descendido, Teodoro y otros tres hermanos transfirieron el cuerpo a otro lugar, donde permanece hasta hoy.

Breve gobierno de Petronio

117. Aquellos que fueron enviados por el abad Petronio, lo trajeron enfermo. Aún en la misma enfermedad, él era estricto y extremadamente vigilante. Después de gobernar algunos días a los hermanos en la palabra de Dios y el recuerdo de su padre, murió el veintisiete del mes *Epifi* (o: *Epip*)³⁷. Antes de entregar el espíritu, los interrogó sobre quién debía ser padre en su lugar. Le respondieron que esa preocupación le concernía a él, entonces, les impuso al abad Orsio, que estaba presente y de quien ya hemos hablado. Al oír esto (Orsio) se puso a llorar diciendo: “Esto no está en mi poder”. Después de haber rendido los deberes fúnebres a san Petronio, con oraciones y salmos, lo enterraron en la montaña.

Gobierno de Orsio

118. El abad Orsio era extremadamente bueno y humilde. Recorría los monasterios para visitar a los hermanos con vigilancia,

³⁴ Festugière traduce: “En el temor que alguna vez descubran mis huesos, llévalos lejos de aquí” (p. 222), corrigiendo el texto de Halkin.

³⁵ 9 de mayo de 346.

³⁶ Lit.: “con salmos”.

³⁷ 21 de julio de 346.

sabiendo cómo el santo padre abad Pacomio, que era perfecto, había cuidado de ellos con celo. De pie o sentado para explicarles la palabra de Dios, él los edificaba. Recordaba a menudo lo que el abad Pacomio le decía cuando él (= Orsio) era la cabeza del monasterio de Chenoboskion: “Si tú no has recibido todavía un gran conocimiento de Dios, diles una parábola, y Dios hará el trabajo”. Así les decía parábolas y se las explicaba, y los hermanos, al escucharlas, se admiraban.

Una de esas parábolas es esta: “Sabemos que, a partir de las Escrituras, nuestro padre, por su perfecto conocimiento, nos sostiene. En mi pobreza, yo estimo que, a menos que un hombre no vigile convenientemente sobre su corazón, olvida y deja de lado todo lo que ha escuchado. Entonces el Enemigo, habiendo encontrado lugar en él, lo derriba. Al igual que una lámpara bien limpia y brillante, si se olvida proveerla de aceite, se extingue poco a poco y la oscuridad se apodera de ella; no sólo esto sino que incluso un ratón que se acercase intentaría comer la mecha; antes que la lámpara no se haya extinguido completamente no lo puede hacer; pero si ve no sólo que la mecha no tiene más luz sino que también le falta el calor de la llama, intenta comerla y derriba la lámpara haciendo que esta caiga al suelo; si la lámpara es de arcilla se quiebra; si es de bronce, el dueño de casa la encuentra y la prepara de nuevo. Lo mismo, cuando el alma es negligente, el Santo Espíritu poco a poco se retira de ella, hasta que se extinga completamente en ella su calor; entonces el enemigo devora el celo del alma, y destruye también el cuerpo por la iniquidad. Si este (hombre) tenía buenas disposiciones hacia Dios y ha sido simplemente arrebatado por la negligencia, el Dios misericordioso le concede su temor y el recuerdo de los castigos; entonces el hombre será más vigilante en el futuro, velando sobre sí mismo con gran firmeza hasta la visita del Señor”. Luego de hablar así, se levantó para rezar, habiendo edificado a los hermanos con la parábola.

Orisio alabado por Pacomio en el pasado

119. El abad Orsio, en medio de los hermanos, buscaba imitar la vida del abad Pacomio, porque lo había conocido durante mucho tiempo. Y cuando Pacomio lo estableció padre al frente de Chenoboskion, algunos murmuraban alegando que era neófito para ese cargo. Por esto, el abad Pacomio, habiéndoles escuchado, dijo sobre él lo siguiente: «No crean que el reino de los cielos pertenece sólo a los ancianos. Un anciano que murmura contra su hermano ya no es un anciano; sino que todavía no ha comenzado a ser monje. Porque nada más quiere Dios del hombre que temor y amor (*Dt* 10,12), y el amor (*agápe*) no hace mal al prójimo (*Rm* 13,10). Les digo que con el progreso que ha hecho, Orsio es una

lámpara de oro en la casa del Señor. Y la palabra de la Escritura se le aplicará: “*Les he unido a un solo esposo, para presentarlos como una virgen pura delante del Señor*” (2 Co 11,2)».

*Segundo viaje de Zaqueo y Teodoro a Alejandría*³⁸

120. Ocurrió que, cuando el santo arzobispo Atanasio regresó, con la gloria del Señor, de la corte imperial³⁹, los hermanos que habían ido en barco a Alejandría escucharon que nuestro padre, el bienaventurado Antonio, se encontraba en la montaña exterior. Habiendo desembarcado, ellos subieron para verlo y recibir su bendición, porque era un hombre de Dios. Por su parte, cuando él escuchó que los hermanos llegaban, se esforzó para levantarse -porque era muy anciano⁴⁰-, salió a su encuentro y los abrazó. Después les preguntó: “¿Cómo está al abad Pacomio?”. Como ellos lloraban, comprendió que había muerto. Les dijo: “No lloren más. Se asemejan, todos ustedes al abad Pacomio. Les digo, es un gran servicio el que recibió, esta reunión de tantos hermanos; y él camina por el sendero de los apóstoles”. El abad Zaqueo tomó la palabra y le dijo: “Más bien, eres tú, Padre, la luz de este mundo (Mt 5,14). Tu fama ha llegado hasta los Emperadores, y ellos glorifican a Dios por tu causa”. (Antonio) respondió: “Te voy a persuadir con mi respuesta, Zaqueo. Al comienzo, cuando me hice monje, no había ningún cenobio para educar a las otras almas; cada uno de los antiguos monjes, después de las persecuciones⁴¹, practicaba solo su ascesis. Entonces el padre de ustedes, por (inspiración) del Señor, hizo esta hermosa realidad. Había otro con anterioridad, llamado Aotas⁴², que quiso cumplir ese servicio, pero como no lo realizó de todo corazón, no lo logró. Respecto al padre de ustedes, a menudo he escuchado decir cómo caminaba conforme a las Escrituras (Hb 13,18). Y, en verdad, he deseado a menudo verlo en el cuerpo; puede ser que no haya sido digno. Como sea, en el reino de los cielos, por la gracia de Dios, nos veremos el uno al otro y a todos los santos padres, y especialmente a Aquél que es nuestro maestro y nuestro Dios, Jesucristo (Judas 4). Tengan confianza, afirmense y sean perfectos. Pero díganme, ¿quién ha sido designa-

³⁸ Una alusión de G¹ § 136 permite inferir que Teodoro hizo el viaje (Veilleux, p. 419).

³⁹ 21 de octubre del 346.

⁴⁰ Si es cierto que Antonio vivió hasta los 105 años, tenía en esta época (346), 95 años (cf. Veilleux, p. 419).

⁴¹ En torno al año 271.

⁴² Esta es la única noticia que tenemos de este personaje.

do como su sucesor?”. Le respondieron: “Un cierto abad Petronio y éste, al morir, ha designado al abad Orsio”. (Antonio) dijo: «No lo llamen Orsio sino el Israelita (Jn 1,47). Y si van junto al obispo Atanasio, que es verdaderamente digno del episcopado, díganle: He aquí lo que dice Antonio: “Dedícate a los hijos del Israelita”». Así, después de orar y bendecirlos, los envió de vuelta con una carta escrita para Atanasio. A continuación, al llegar a Alejandría, el santo papa les dio un gran recibimiento con muchas expresiones de afecto, sobre todo por la recomendación del bienaventurado, porque sabía qué clase de hombre era.

Teodoro es enviado a la panadería de Phnoum

121. Después de esto, el abad Orsio nombró por un tiempo a Teodoro jefe de la casa de los carpinteros de Pabau. Un cierto Macario, superior del monasterio de Phnoum después del abad Sourous, pidió al abad Orsio que enviase a Teodoro a su monasterio, para preparar los panes (de los monjes), porque sabía que esto sería (una fuente) de consuelo⁴³. Entonces, después de la Pascua, Teodoro fue con (Macario) al monasterio. Cuando todavía estaban en el barco, un hermano se acercó (a Teodoro) mientras estaba sentado, y viéndolo humilde y tranquilo como un novicio, le dijo: “Cuánto tiempo has pasado entre los hermanos?”. “Poco tiempo”, respondió él. El hermano dijo: “¿Conocías tú el oficio de panadero antes de entrar al monasterio?”. “Superficialmente”. Le dijo de nuevo: “Si entras en la panadería, y ves a alguno que ríe abundantemente o a otro discutiendo, porque en el cenobio hay toda clase de gente, no te escandalices, sino presta atención a ti mismo y a los que son vigilantes”. “Bien”, respondió Teodoro. Después que el barco llegó al monasterio, los hermanos, habiendo escuchado hablar de él, salieron todos a su encuentro con alegría, porque lo conocían de antes, cuando él era el consolador de las almas junto con nuestro padre. Y aquél que le había hablado como a un novicio en el barco, viendo como los hermanos lo honraban, se llenó de vergüenza y temor por haber osado decirle semejantes cosas a tal hombre.

Orsio asegura la observancia de las “Reglas” de Pacomio

122. El abad Orsio educó a los hermanos según la gracia de Dios que había recibido (1 Co 3,10), y siempre aumentaba en él la pala-

⁴³ Si Pacomio realmente había repuesto a Teodoro como su asistente, enviándole a visitar los monasterios, este nombramiento por parte de Orsio, si realmente ocurrió, debe considerarse como una suerte de degradación; lo cual debe haber suscitado insatisfacción entre los hermanos ancianos, que seguían siendo fieles a Teodoro (Veilleux, p. 420).

bra, de forma que podía hablar para exhortar a los hermanos. No les hablaba sólo por parábolas, sino que les interpretaba los dichos⁴⁴. Además les recomendaba observar las reglas que, mientras vivía, el abad Pacomio había redactado para la constitución del cenobio, al igual que los preceptos de los padres, jefes de la casa y segundos de los monasterios. También estableció que, en dos momentos del año, en Pascua y en la Gran Remisión, (los hermanos) rindiesen cuenta de sus necesidades corporales, de sus trabajos y de sus gastos, para que el ecónomo del Gran Monasterio supiera cómo conducir la administración.

El buen ejemplo de los hermanos ancianos

123. Así el Señor mantenía a los hermanos en la concordia y en la caridad, como habían estado anteriormente. Había, en efecto, muchos de los ancianos, que aún no habían fallecido. Éstos eran, Psentaésios, Samuel, Pablo, Juan, Hieracapólón⁴⁵ -que, como se ha dicho, habían confortado en el Señor a nuestro padre Pacomio en sus tribulaciones-, también el gran Titóes, Jonás y muchos más; y Teodoro el Ciudadano, además de éstos aquel Teodoro a quien el Señor purificó en su espíritu por el fuego (*Sal* 105 [104],19) por medio del abad Pacomio, para que fuese un vaso de elección (*Hch* 9,15). Puesto que había tantas antorchas entre los hermanos no aparecían las tinieblas, porque el mandamiento del Señor brilla de lejos, iluminando los ojos (*Sal* 19 [18],8).

Psarfeín es nombrado ecónomo

124. Después de la muerte del abad Pafnucio⁴⁶, ecónomo principal del monasterio de Pabau, el abad Orsísio designó a otro (hermano), llamado Psarfeín⁴⁷, para que fuese ecónomo en su lugar; era un hombre

⁴⁴ Festugière traduce: “No les hablaba solamente por medio de parábolas, sino que les explicaba los textos de la Escritura” (p. 226).

⁴⁵ O: Hieracapóllon.

⁴⁶ Este Pafnucio, superior de Pabau, es diferente del otro Pafnucio, hermano de Teodoro, administrador material de toda la *Koinonía*, y que también residía en Pabau, éste último había muerto en la gran peste de 346, pocos días después de Pacomio. Pero como el presente texto es propio de G¹ cabe preguntarse si la mención de Pafnucio como gran ecónomo de Pabau no es simplemente un error del redactor de G¹ debido al ambivalente uso que hace del vocablo ecónomo. En tanto que el joven Pafnucio a que hace referencia SBo 181 es un tercer monje con ese mismo nombre (Veilleux, p. 420).

⁴⁷ Veilleux translitera el nombre de modo diverso: “Psahref” (p. 385).

jovial, acostumbrado al trabajo⁴⁸, anciano también él.

Enseñanzas de Orsio. Humildad de Teodoro

125. Los hermanos preguntaban a menudo a Teodoro para que les explicase una sentencia inspirada o les contase una visión del abad Pacomio, él les decía: “He aquí a nuestro padre Orsio, interroguémosle sobre cualquier cosa que deseemos y él nos lo dirá, porque es nuestro padre”. Entonces, mientras que el abad Orsio estaba sentado para hablarles -porque era una costumbre, desde el comienzo, sentarse juntos al atardecer, después del trabajo y la comida, para escrutar las Escrituras (Jn 5,39), puesto que estaban libres de toda ocupación exceptuando la vigilancia sobre la propia salvación, y los que eran capaces y habían sido designados para cuidar (a los hermanos), (lo hacían) como servidores de Dios, porque “*todo lo que hayan hecho, dice el Señor, a uno solo de los que creen en mí, a mí me lo hicieron*” (Mt 25,40)-; así mientras les hablaba el abad Orsio, también Teodoro estaba sentado escuchando como un niño inocente, diciéndose a sí mismo: “No sé nada porque he ofendido a Dios nuestro Padre por lo que hice anteriormente”. Tal era su humildad, como ya lo había testimoniado sobre él en su ausencia el abad Pacomio: “Teodoro, por ese castigo, ha ganado siete veces por encima de lo que era”⁴⁹.

Las enseñanzas de Orsio

126. He aquí lo que decía nuestro padre Orsio: «Veo entre ustedes a algunos que desean títulos y gobernar, que quieren ser jefes de casa o de alguna otra cosa. Antes, en los tiempos de nuestro padre, sino era por obediencia nadie deseaba que le llamasen grande, temiendo ser encontrado pequeño en el reino de los cielos (Mt 5,19). Yo mismo, cuando el abad Petronio me impuso este cargo, lloré copiosamente, temiendo por el peligro de las almas. No yo solamente sino también los santos. Moisés, siendo enviado por Dios para bien del pueblo, primero no aceptó por su humildad; pero Dios se encolerizó con él a causa de esto y entonces aceptó el servicio. Nosotros también, hermanos, escuchando lo que está escrito: “*El que se exalta será humillado*” (Lc 18,14), vigilemos sobre nosotros mismos. No pertenece a todos gobernar a las almas sino sólo a los hombres perfectos. He aquí una parábola: un ladrillo crudo, si se le coloca en un cimiento cerca de un río, no resiste un solo día; pero si está cocido

⁴⁸ O: “fuerte en la fatiga”.

⁴⁹ Cf G¹ § 109.

dura tanto como una piedra. Así es en el hombre, si tiene pensamientos carnales y no ha pasado, como José, por el fuego de la palabra de Dios⁵⁰, se disuelve cuando llega a una posición de gobierno. Porque son numerosas las tentaciones de esos (hombres) en medio de los hombres. Por el contrario, es bueno para un hombre conocer los propios límites y depositar el peso de la autoridad después que ha sido establecido en el cargo, para no correr un peligro mayor. Los que están firmes en la fe son inamovibles (1 Co 15,58). De hecho, sobre el muy santo José, si alguien quiere hablar, diremos que no era de la tierra. ¿Cuántas pruebas sufrió, y en qué país, donde no había huellas del temor de Dios? Pero el Dios de sus padres Abraham, Isaac y Jacob estaba con él y lo libró de toda aflicción (Hch 7,9-10); y ahora está con los patriarcas en el reino de los cielos. Nosotros también, reconociendo nuestros límites, esforcémonos; porque apenas escaparemos del juicio de Dios (Rm 2,3)». Después de decir muchas cosas semejantes, oró, y los hermanos volvieron a sus carpas⁵¹.

El cisma de Apollonio en Monchosis

127. Después de esto, como los hermanos habían aumentado mucho en número, para alimentarlos a todos, comenzaron a extenderse en campos y muchas cosas materiales. Y cada monasterio empezó paulatinamente a llevar una vida un tanto negligente, en la medida que crecían las otras preocupaciones. Un cierto Apollonio, padre del monasterio de Monchosis, quiso, contrariamente a la regla de la *Koinonía*, comprar para sí mismo cosas superfluas; interrogado sobre esto por el abad Orsio y reprendido por él, se indignó. Por una tentación del enemigo, quiso separar su monasterio de la Comunidad⁵² y persuadió a muchos de los mayores del monasterio para que obraran así. Como había causado grandes daños a otros monasterios, por su disidencia, al decir: “No pertenecemos más a la *Koinonía* de los hermanos”, habiendo también rechazado escuchar al abad Orsio, que buscaba persuadirlo, la tentación se fortaleció.

Aflicción y oración de Orsio

128. Viendo esta gran tribulación, el abad Orsio, que durante algún tiempo había soportado esto y consideraba que perseveraría en esta aflicción hasta la muerte, pensó después en asociar a otro para que le ayu-

⁵⁰ Cf. *Sal* 105 (104),19.

⁵¹ Cf. G¹ § 77.

⁵² Lit: “Cenobio”.

dara en su paternal oficio. Se retiró de noche a un lugar tranquilo para llorar copiosamente, como lo escuchamos de su propia boca, diciendo: “Oh Dios, el abad Petronio tu servidor, me ha confiado esta tarea, para que pudiese ganar más y salvar a muchos (*1 Co* 9,19. 22). Ahora veo que no son muchos los que me escuchan para su salvación: cada uno sigue su propio corazón, salvo tus fieles servidores que han vivido en el bien (*Hb* 13,18) con nuestro padre, y los otros que tienen tu temor. Yo estoy afligido, viendo a todo el monasterio en la turbación sin culpa mía⁵³. Porque, como Tú sabes, no he afligido a nadie. Tú lo sabes, Señor, que no es sólo este monasterio, sino que también tiemblo por los otros, no sea que no deseen más el camino inicial del amor en la concordia. Ahora, Señor, yo no puedo gobernar solo; muéstrame alguien que pueda y yo lo designaré para ellos, para no ser responsable de (la pérdida de) las almas”.

Visión de Orsio. Nombramiento de Teodoro. Orsio se retira a Chenoboskion

129. Esa noche tuvo un sueño, en el que vio dos camas: una era bella pero vieja; y la otra bella y firme. Y recibió este oráculo: “Descansa sobre la cama firme”. Comprendió, entonces, en espíritu que esa cama era Teodoro, que en el pasado había sido una sola alma con el gran abad Pacomio. Al llegar el día, ya aliviado de su aflicción, y más aún porque amaba mucho a Teodoro porque era humilde y sabía soportar las contradicciones de los hombres (*Hb* 12,3), reunió a todos los superiores (*higuménos*) y, sin haber convocado a Teodoro, les dijo: “No ignoran que la prueba todavía permanece. He esperado cierto tiempo, pensando que finalizaría, y como lo ven, ella crece. Les confieso también que no puedo sostener solo esta preocupación. Sé bien que ninguno de ustedes me fuerza a renunciar, pero tengo la certeza que no puedo más. Dios y los padres no me censuran, porque conocen mis límites. Al que veo cualificado para esto es el mismo que fue en otro tiempo y que nuevamente lo es, nuestro padre Teodoro”. Después de hablar así volvió de nuevo por la noche al monasterio de Chenoboskion, y permaneció allí⁵⁴. Todos los hermanos,

⁵³ Lit.: “que no viene de mí”.

⁵⁴ Esto sucedía hacia el 350. «Es de notar que Orsio introduce a Teodoro como a quien va a tomar su lugar, no como su asistente. Los biógrafos se muestran cautos a la hora de exonerar a Teodoro de cualquier posible acusación de ambición, pero no ocultan la alegría de los hermanos. Tanto Petronio como Orsio eran relativamente nuevos en la *Koinonía*. El regreso de Teodoro al gobierno después de su deposición era una victoria de los “hermanos ancianos” sobre la nueva generación... Y Teodoro abre su “llamado a la unión de los hermanos” (*G*¹ § 131) con las palabras: “¿Dónde están los (hermanos) ancia-

oyendo esto, tomaron a Teodoro como padre con alegría y exultación. Pero éste declaró que no se levantaría para comer o beber durante tres días, “hasta tanto me encuentre con el abad Orsio”.

Teodoro acepta, pero siguiendo en todo los consejos de Orsio

130. Enviaron a buscar al abad Orsio y, cuando llegó, hubo una nueva reunión a causa de (Teodoro). El abad Orsio le dijo: «¿Te hemos designado nosotros? Nuestro padre es el que te designó nombrándote con anterioridad, cuando te tomó de la barba diciendo tres veces: “Recuerda, Teodoro, no dejes mis huesos en donde serán enterrados”»⁵⁵. Al escuchar esto, el abad Teodoro no contestó. Y así, después de haberlo entregado a los hermanos, (Orsio) regresó nuevamente a Chenoboskion.

El abad Teodoro fue establecido en su cargo; y cuando oyeron esto los hermanos de todos los monasterios se alegraron, especialmente los que lo conocían desde el comienzo como el verdadero hijo del abad Pacomio, y sabían que su palabra tenía la gracia y el poder de curar a un alma en aflicción (*Pr* 16,24). Y él estaba admirablemente subordinado al abad Orsio, hasta tal punto que éste decía: “En verdad, este hombre es un lecho de completo reposo”. De hecho, aún cuando Teodoro había recibido su cargo y se fatigaba día y noche para que los hermanos se salven en el Señor, no se consideraba a sí mismo como el padre (de ellos), recordando su castigo, sino que se llamaba a sí mismo vicario⁵⁶ y servidor del abad Orsio, incluso cuando éste se hubo retirado del gobierno. Cuando el hombre de Dios, Teodoro, quería dar alguna ordenanza, caminaba una larga distancia para llegar junto a (Orsio) y le preguntaba: “¿Qué quieres que haga?”. Como había erradicado completamente de sí mismo el amor del poder, porque había sido educado por Dios y probado hasta alcanzar la perfección, él era por eso y por su extrema bondad un descanso no sólo para el abad Orsio, sino para todos. De tal modo que el abad Orsio decía: “Yo gobierno hoy más que cuando estaba solo”.

nos?”. También es significativo que Orsio, quien había parecido demasiado débil durante su primer período como superior, y prefirió retirarse a un segundo plano antes que quedar envuelto en las tensiones, fue capaz de gobernar “a los hermanos en la paz un largo tiempo” (G¹ § 149), después de la muerte de Teodoro» (Veilleux, p. 420).

⁵⁵ Cf. G¹ § 116.

⁵⁶ La unión de los términos “vicario (*diádochos*) y servidor (*yperéten*)”, parece sugerir el sentido de vicario o asistente; pero el significado habitual de *diádochos* es: sucesor. Solamente aplicado a Teodoro, aquí y en el § 145, dicha significación viene modificada por el contexto (cf. Veilleux, p. 421).

Primera catequesis de Teodoro como padre de la Koinonía

131. Cuando Teodoro reunió a los hermanos para darles la primera instrucción, les habló así: «¿Dónde están los (hermanos) ancianos? Sean fuertes en el Señor y compartan los sufrimientos unos con otros, para que el enemigo no disipe el trabajo de nuestro padre. Porque ustedes no ignoran su resistencia en las aflicciones (causadas por) los demonios durante el tiempo en que nos enseñaba sobre nuestro Señor Jesucristo, cuya presencia es temor y temblor. No hace cinco años que ha partido y hemos olvidado la gran alegría y paz que nos manifestábamos recíprocamente. En el tiempo de nuestro padre, teníamos en nuestro corazón y en nuestros labios sólo la palabra de Dios, “*más dulce que la miel y el panal de miel*” (Sal 19 [18],11)⁵⁷. No teníamos conciencia de vivir sobre la tierra sino celebrando una fiesta en el cielo. Cuando un hombre se encuentra en el frío y en una fuerte helada, corre como puede hasta alcanzar el calor del fuego, que lo regocija y hace revivir. Lo mismo nos sucedía a nosotros: cuanto más buscábamos a Dios, más su bondad se nos manifestaba (Tt 3,4), trayendo dulzura a nuestras almas. Y ahora, ¿en qué estado nos encontramos? A pesar de ello, volvamos; creemos que Dios en su misericordia nos renovará».

Habiendo hablado así, lloró; y el clamor del llanto de los hermanos se escuchó lejos de la *synaxis*. A continuación, oró y despidió a los hermanos. Después subió con algunos hermanos a una barca para visitar y fortalecer a los hermanos de los monasterios. Luego de una larga lucha, gracias a su espiritual comprensión, persuadió al padre de ese monasterio (Monchosis), llamado Apollonio, que hizo la paz con los hermanos. Y así el enemigo que lo había tentado fue derrotado⁵⁸.

Vigilancia de Teodoro

132. El abad Teodoro era muy vigilante sobre las almas, consolando a cada uno en privado, curando como un médico. Ningún hermano se abstenía de confesarle en particular su pensamiento, y cada uno (le decía) cómo luchaba contra el enemigo. Él mismo, que tenía la experiencia de la victoria en el Señor que dice: “*Tengan valor*” (Jn 16,33)⁵⁹, les enseñó a resistir a cada uno de los pensamientos del enemigo para que,

⁵⁷ Texto citado también en el § 142.

⁵⁸ Lit.: “cubierto de confusión”.

⁵⁹ Cf. Orsio, 41.

según la palabra de Pablo, después de haber luchado conforme a las reglas consiguiese la corona (2 Tm 2,5). Si veía un hermano que no se ocupaba de su propia vida y desdenaba este esfuerzo, lo amonestaba con gran paciencia, (recordándole) los terribles juicios de Dios: “*Porque es algo terrible caer en las manos del Dios viviente*” (Hb 10,31)⁶⁰. Aún castigando a los pecadores, Dios es bienhechor y bueno, porque Él quiere que todos se salven y lleguen al descanso eterno (1 Tm 2,4). También decía: “Si alguno se escandaliza a propósito de alguien que menosprecia (su vida), porque soy paciente más allá de la medida, yo soy el responsable de ello”. Por eso, no descansaba sino que, con gran celo, arrojaba su preocupación ante el Señor, orando y diciendo: “Ya es un gran esfuerzo dar cuentas de sí mismo: ¡cuánto más si se trata de una multitud! Por eso, sé que somos como una sombra (Jb 8,9); no somos guardianes de las almas: no hemos alcanzado esta medida. Pero Tú que conoces y has plasmado cada uno de los corazones de los hombres (Sal 33 [32],15), protégenos, protege al mundo entero del ataque de los demonios envidiosos, porque nadie nos puede salvar excepto tú, Señor, Señor Dios de la gloria”.

Curaciones realizadas por Teodoro

133. Cuando algunos del mundo venían a él, sea cuando estaba de viaje o en el monasterio, por causa de alguien poseído por el demonio o sufriendo de algún otro mal, les decía: “No piensen que podemos interceder ante Dios por ellos, nosotros somos pecadores. Pero si Dios en su piedad hacia su propia criatura, le quiere curar, lo puede hacer, pues así Él muestra siempre su bondad a todos”. Como le insistían mucho, suplicándole que rezara, pedía que se cumpliera la voluntad de Dios y el bien del enfermo. Así era como el Señor les curaba. Teodoro obraba así en recuerdo del padre que lo había alimentado, el abad Pacomio, porque él siempre marchaba sin vacilar por el camino de los santos.

Fundaciones que hizo Teodoro

134. Fundó también dos monasterios, además de los que habían sido establecidos desde el comienzo, cerca de Hermópolis, llamados Kaior

⁶⁰ “Todos los que tienen hermanos a su cargo, prepárense para la Venida del Salvador, y para presentarse ante su terrible tribunal. Si dar razón de los propios actos es ya algo difícil, cuanto peor es sufrir el castigo por el pecado de otro, y caer en las manos del Dios viviente (Hb 10,31)” (Orsisio, 10).

y Oui⁶¹, con el consentimiento de nuestro padre Orsio. Asimismo estableció allí, conforme a la ley de la *Koinonía*, padres vigilantes y piadosos, y segundos del monasterio, y también jefes de casa con segundos de las casas, a semejanza de los otros monasterios. Fundó otro monasterio cerca de Hermonthis, estableciendo igualmente buenos superiores (*higuménos*) y hermanos, con las mismas reglas. Además, en el lugar llamado Bechné, a una distancia aproximada de una milla del monasterio de Pabau, fundó otro monasterio de vírgenes. El abad Pacomio, en sus viajes, había fundado uno en Tsmené. Estos monasterios realizaban el tejido de prendas de lana⁶², las mantas, y otras prendas, como también el hilado de lino para las túnicas. El ecónomo del Gran Monasterio enviaba trabajos a las hermanas por intermedio de Eponychos, hombre santo y estricto, que fue su padre después de la muerte del abad Pedro, el antiguo (padre), en Tabennesi.

Teodoro recomienda desconfiar de las visiones y oculta la suyas

135. Cuando el abad Teodoro oyó hablar de la murmuración que, en el pasado, (se había suscitado) contra el abad Pacomio sobre la clarividencia, y (sobre) su aflicción -Teodoro se encontraba entonces en Alejandría en el barco- comenzó desde entonces a ocultar todo lo que él podía ver en una visión por la voluntad del Señor. Comprendió que esto era mejor para él⁶³. Y dijo a los hermanos sobre esto: «¿Qué hay más grande que poseer el Santo Espíritu? (1 Co 7,40). Si el que tiene una fe recta y guarda los mandamientos de Dios merece ser encontrado templo de Dios (2 Co 6,16), es evidente que, donde esté Dios, hay pleno poder y libertad de palabra⁶⁴. Y en el palacio del rey ¿qué objeto glorioso no hay allí? Igualmente el Tabernáculo antiguo contenía todo lo que contribuía a la gloria de Dios. Entonces nadie dude si oye que un hombre de Dios tuvo una visión, porque el que concede la visión habita en él (1 Co 3,16)⁶⁵.

⁶¹ Estas fundaciones realizadas por Teodoro no las registra SBo, pero en cambio confirma la existencia de Oui (cf. SBo 202, con el nombre de Noui; y Veilleux, p. 421).

⁶² Única vez que se habla de “lana” en las *Vidas* de Pacomio. Se trata de un muy poco feliz añadido del redactor final de G¹, que seguramente no estaba muy familiarizado con las costumbres de los pacomianos (Veilleux, p. 421).

⁶³ Cf. el § 112.

⁶⁴ Traducción de: *parrestía*.

⁶⁵ “Teman siempre aquello de que habla el mismo Pablo: *Son el templo de Dios, y el Espíritu de Dios habita en ustedes. Si alguien viola el templo de Dios, Dios lo perderá (1 Co 3,16-17)*” (Orsio, 19).

No obstante, aquí todavía es necesaria la firmeza⁶⁶ (de espíritu) para no creerse importante cuando, en realidad, es nada (*Ga* 6,3), siendo completamente engañados por el enemigo con el deseo de ver y, derribados, caigamos en el extravío como muchos. Aquél que no ha todavía llegado a ese grado y el que ya lo ha alcanzado, ambos deben tener una gran humildad, orando para escapar de los eternos castigos. Por eso los santos han hecho esa oración, porque uno dice: “*Cuida mi alma y líbrala*” (*Sal* 25 [24],20). Y Pablo, dando gracias al Señor por su salvación, dice: “*He sido arrebatado de la boca del león*” (2 *Tm* 4,17)⁶⁷, refiriéndose al que ruge para devorar las almas (1 *P* 5,8). Este enemigo es muy astuto: muchas veces hace aparecer una mentira como verdad; y el (hombre) que es tentado se extraviará, si no se encuentra dotado de un muy penetrante discernimiento acerca (del enemigo). Por el contrario, aquél que no se extravía es el que obedece en todo, sin cuestionar, a Dios y los santos. Nosotros, hermanos, habiendo comprendido esto, cuidemos cada uno nuestra propia medida, tanto el pastor de las almas como el que es considerado oveja. Más aún, deseemos ser ovejas porque nadie es pastor a excepción de aquél que ha dicho: “*Yo soy el buen pastor*” (*Jn* 10,14). No obstante, cuando Él apareció -como David lo había anunciado y señalado: el Dios Señor se nos manifestó (*Sal* 118 [117],27)-, el Dios Verbo apareciendo en forma humana nos salvó, concediéndonos el conocimiento de la fe, y, antes de subir al cielo, estableció como sus sucesores a los apóstoles, diciendo a Pedro: “*Apacienta mis corderos, y pastorea a mis ovejas*” (*Jn* 21,15-16)⁶⁸. Por eso ahora son necesarios quienes, en cada generación, apacienten a las almas en el Señor, que dice: “*Yo estoy con ustedes*” (*Mt* 28,20). De hecho, sabemos que, después de los apóstoles, los obispos son los padres. Pero todos aquellos que escuchan al Cristo, que está en ellos, son también sus hijos, aunque no pertenezcan al clero ni tengan una dignidad eclesialística».

⁶⁶ *Aspháleia*. Veilleux prefiere traducir: prudencia (p. 394).

⁶⁷ Cf. *Sal* 22 (21),21.

⁶⁸ “... Estén ustedes en vela con temor y temblor, obrando su salvación (*Flp* 2,12), y sabiendo que el Señor del Universo, de quien todos los hombres recibirán lo que les corresponde según sus obras (2 *Co* 5,10), se apareció después de la Resurrección solamente a los apóstoles, y dijo al primero de ellos, Pedro: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Respondió: Señor, tú sabes que te amo. Le dijo: “Apacienta mis ovejas”. Después le dijo nuevamente: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Le respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Le dijo: Apacienta mis ovejas* (*Jn* 21,15-16). Por tercera vez le mandó que apacentara las ovejas, y con ello nos ordenó a todos nosotros que ejerciéramos este oficio, para que, apacentando con diligencia las ovejas del Señor, recibiéramos en el día de su visita, por nuestro trabajo y vigilancia, lo que nos prometió en el Evangelio, cuando dijo: *Padre, deseo que donde yo estoy, ellos estén conmigo* (*Jn* 17,24)” (Orsizio, 17).

Teodoro recuerda una sentencia de Pacomio

136. El abad Teodoro habiendo escuchado, -porque él se encontraba también allí- cuando el bienaventurado Antonio recibió a los hermanos como a sus hijos, y el santo papa (les mostró) gran amor a los dos, tanto como al abad Pacomio, o aún más- recordando, dijo a los hermanos: «Yo escuché, y ustedes ancianos estaban presentes, a nuestro padre que decía: “En nuestra generación en Egipto veo tres cosas principales que prosperan por la acción de Dios para provecho de todos los que tienen entendimiento: el obispo Atanasio, el atleta de Cristo que luchó por la fe hasta la muerte; el santo abad Antonio, ejemplo perfecto de la vida anacorética; y esta *Koinonía*, que es un modelo para todos aquellos que quieren reunir las almas según Dios, para ayudarlas hasta que lleguen a ser perfectas”».

Artemio busca a Atanasio en Pabau

137. Después de esto sucedió que, como el santo obispo Atanasio era buscado por el emperador Constancio instigado por los Arrianos enemigos de Cristo, un cierto general llamado Artemio, con plenos poderes, lo buscaba en todas partes⁶⁹. Se expandió el rumor: “¿Acaso no se esconde entre los monjes de Tabennesi, ya que los ama?”. Por eso el duque remontó el Nilo. Mientras navegaba, se encontró casualmente con el abad Teodoro que, por su parte, descendía por el río para visitar los monasterios de hermanos cerca de Hermópolis. Al acercarse al monasterio (situado) río arriba⁷⁰, llamado Kaior, vio al duque navegando; el Señor le hizo comprender lo que iba a pasar y él lo reveló a los hermanos. Quiriendo los hermanos retroceder y llegar antes que él para que no perturbase a los hermanos en Pabau, el abad Teodoro les dijo: “Aquél a causa del que hemos venido de tan lejos para visitar sus servidores es capaz de gobernar también este asunto sin que resulte ningún daño”. Y dicho esto, prosiguió hacia los monasterios.

Continuación del relato

138. Cuando Artemio arribó al monasterio, ordenó al ejército, armado como en tiempo de guerra, hacer guardia, durante la noche, alrededor del monasterio. Él mismo se asentó en el monasterio, fuera del

⁶⁹ La mención de Constancio es correcta, ya que éste murió en 361, y la búsqueda tuvo lugar en 360 (Veilleux, p. 421).

⁷⁰ Lit.: “el más alto monasterio”.

lugar de la *synaxis*, con sus lugartenientes (*prepósitos*), teniendo arqueros parados a ambos lados. Al ver esto los hermanos estaban atemorizados. Pero un santo hombre, llamado Pekysios (o: Pecos), ya nombrado anteriormente, confortaba a los hermanos, exhortándoles a tener coraje en el Señor. El duque, por un intérprete, preguntó: “¿Dónde está el padre de ustedes?”. El abad Pekysios respondió: “Ha ido a los monasterios”. El duque dijo: “¿Dónde está el que viene después de él?”. Ellos le indicaron al abad Psarphein (o: Psahref), el ecónomo principal. (Artemio) le dijo en privado: “Tengo un rescripto imperial contra el obispo Atanasio y se dice que él está con ustedes”. El abad Psarphein respondió: “Sin duda, él es nuestro padre, pero yo nunca he visto su rostro. Entre tanto, he aquí el monasterio”. Después de haber buscado sin encontrar a Atanasio, el duque dijo a los hermanos en la *synaxis*: “Vamos, recen por mí”. Ellos respondieron: “No podemos, porque nuestro padre nos ha ordenado no rezar por nadie que siga a los Arrianos” -de hecho, ellos veían con el duque a uno de los Arrianos que actuaba como obispo-. Entonces rezó solo. Como se durmió de día en el lugar de la *synaxis*, se despertó sangrando de la nariz y se turbó -no sabía exactamente lo que le había sucedido- pero estaba aterrizado, diciendo: “Por lo que me sucedió en la visión, por poco he escapado de la muerte con la misericordia de Dios”. Y así se retiró. El abad Teodoro, a su regreso, oyó estas cosas y glorificó a Dios.

Teodoro anuncia el final de una peste

139. Muchos hermanos morían, al punto que cada día uno o dos pasaban a la otra vida. Un día, al ir a la montaña, se fatigaron demasiado porque el agua de la creciente había comenzado a llenar el campo. Entonces dijeron a Teodoro: “¿Qué haremos si muere otro? No se puede pasar más en barco porque en la otra parte no hay bastante agua”. Él les dijo: “Conforme a nuestra fe, Dios nos cuidará también en esto”. Efectivamente, nadie más murió hasta que la crecida cesó. Y los hermanos estaban admirados.

Enseñanzas de Teodoro

140. Un día que estaba sentado dando una instrucción, un hermano le dijo: “Abad Teodoro, ¿por qué me encolerizo en cuanto se me dice alguna palabra dura?”. Teodoro le respondió con estas palabras: “No es extraño. También la acacia, al recibir un golpe de hacha, segrega la goma”. Los hermanos le preguntaron: “¿Qué quiere decir eso?”. Él dijo: «El hombre de Dios es comparado a una viña. Si del fruto de la viña se toma un racimo de uva para prensarlo, obtendremos sólo vino dulce. Esto

quiere decir que, si el creyente está afligido por un acto, una palabra o un pensamiento, no puede dar otro fruto que la bondad de las palabras de Dios; igualmente, el hombre carnal y colérico produce sólo amargura sin fruto. Les digo, yo que les hablo de estas cosas: temo caerme de la gracia de Dios (*Ga* 5,4), porque soy demasiado débil para sostener la guerra que nos hace el enemigo: “*Todo el día, dice, me combaten y me afligen*” (*Sal* 56 [55],1)”. De hecho, si los ángeles han caído, al igual que algunos profetas y apóstoles -no me refiero sólo a Judas sino también a muchos de los discípulos de Pablo, a quienes distingue de los que eran sus verdaderos discípulos (*Hch* 19,9)-, también nosotros debemos temer. ¿Quieren que les dé un ejemplo para que teman a Dios? Tomemos una piedra que llega hasta las nubes, estrecha, reducida a cuatro codos de ancho, y a ambos lados, de este a oeste, un abismo insondable. Cuando un hombre es bautizado, si hace profesión de vida monástica⁷¹, recibe el sello del Espíritu y se dirige hacia el este. Consideremos ahora no sólo el abismo, sino también la estrechez del camino, que por poco que uno se aparte, se pierde y no queda ningún recuerdo de ese hombre⁷². A la izquierda del camino, el deseo malvado de la carne; a la derecha, el orgullo del corazón: son los abismos. Si alguien camina correctamente, en el temor, llega al este, y encuentra al Salvador sobre un trono: a ambos lados suyos están los ejércitos de ángeles con coronas eternas, coronando al que ha caminado recatamente hacia Él».

Continuación de las enseñanzas de Teodoro

141. «Si alguien dice lo siguiente: “Si alguno se ha dejado seducir o arrastrar por uno de esos abismos, ¿está perdido y no se puede arrepentir?”, le respondería así: el hombre que tiene arrepentimiento y una sincera comprensión de la fe y de los mandamientos de Dios, con el celo que conviene a sus disposiciones, aún si por su negligencia está cerca de la caída, el Señor no permitirá que perezca totalmente, como está escrito: “*Mi pie estuvo a punto de tropezar*” (*Sal* 73 [72],2). Él le muestra su gracia por el azote de una enfermedad, o por la tristeza, o por la vergüenza de la falta, para que, habiendo tomado conciencia, marche por el medio del camino estrecho hasta que llegue y no se aparte ni un pie afuera, puesto que el camino es de cuatro codos de ancho. Quien se desvía es como Judas que, después de haber recibido del Señor muchos beneficios y haber visto grandes signos, hasta la resurrección de muertos, como tenía la bolsa

⁷¹ Lit.: “de monje”.

⁷² Lit.: “su memoria no se encuentra más”.

(Jn 12,6), no tuvo conciencia de la gracia. Por eso extravió el camino, por amor del dinero, y lo traicionó (Jn 18,2-3). Los buenos, al contrario, como hombres con libre albedrío, de algún modo han despreciado lo que les conviene, siendo purificados por el fuego como la plata (Sal 66 [65],10), despojándose de la herrumbre. Por eso el bienaventurado David dice: “Yo, en la abundancia de tu misericordia, entraré a tu casa (Sal 5,7)”. Si él habla así, ¡cuánto más nosotros, los miserables!».

Continuación de las enseñanzas de Teodoro

142. «Comprendamos esta provechosa (reflexión) que hemos escuchado de nuestro padre, de sus interpretaciones de las divinas Escrituras sobre el hombre que quiere ser purificado de un pecado, por ejemplo de la cólera⁷³. A menos que se diga a sí mismo cuando es ultrajado la primera vez: “He aquí que hoy he ganado una moneda de oro”, y si es injuriado una segunda vez, lo considera una nueva ganancia, y así hasta que tiene abundancia de oro, él no puede encolerizarse. Si cuando se lo injuria una vez, lo soporta forzado, ¿qué hará con ocasión del segundo ultraje y, más aún, si las injurias son frecuentes? Porque verdaderamente los mandamientos de Dios “son oro y piedras preciosas, y son más dulces que la miel y el panal de miel” (Sal 19 [18],10), como está escrito. Pero nosotros no lo sabemos ni percibimos las cosas de esta forma, a causa de nuestros pensamientos carnales (Rm 8,6). ¿Quién le dice a un hombre que le ha arrojado un pan puro: “Te soporto esta primera vez pero si continúas haciendo esto, te arrancaré las pupilas de los ojos”? ¿No ama éste, más bien, al que le dio, aunque éste no lo desee? Tales son los hombres de Dios. No sólo soportan a los que los persiguen (Mt 5,11) y les hacen el mal, sino que también rezan por ellos según el mandamiento del Salvador (Mt 5,44), cuyo oro heredarán, según la Escritura: “Herederos de Dios, coherederos de Cristo” (Rm 8,17). ¿Qué has hecho, hombre, como para merecer ser el heredero de Dios? ¿Porque has sido perseguido? ¿Porque tu vida ha corrido peligro a causa de él? Basta suficientemente para recompensarte por esto la gloria del mundo: ¿Quién, en efecto, no glorifica a un hombre de Dios, sobre todo, a un mártir de Cristo? Pero aún así, la bondad de Dios es grande. Dios se parece a un hombre que nos dice: “Denme todos los vasos de arcilla que tengan en su casa y los destruiré, y recibirán a cambio vasos de oro y piedras preciosas”. Pero nosotros no sabemos, según está escrito: “El hombre que tiene dignidad no ha

⁷³ Teodoro, o el autor de G¹ (?), probablemente se refiere a una colección de catequesis o instrucciones de san Pacomio (Veilleux, p. 422).

comprendido. Ha sido puesto en el mismo rango que las bestias sin razón, a las que se parece” (Sal 49 [48],12). Entonces que, por la gracia (de Dios), nos sea dado permanecer vigilantes hasta el fin».

Visita de Atanasio

143. Habiendo así hablado, despidió (a los hermanos) para ir al encuentro del obispo Atanasio. Había escuchado, en efecto, que éste había llegado en nave a la Tebaida⁷⁴. Tomando, entonces, con él a padres de buena conducta y hermanos capaces de glorificar a Dios, el abad Teodoro partió. Le encontraron antes que llegase al *nomos*⁷⁵ de Hermópolis. Viéndolo de lejos, los hermanos avanzaron hacia él. Había, a ambos lados del río, una multitud de gente, y muchos obispos, clérigos y monjes de los alrededores. Cuando Atanasio vio de lejos a los hermanos y los reconoció, citó este texto sobre ellos: “¿Quienes son esos que vuelan hacia mí como las nubes y como las palomas con sus pichones?” (Is 60,8). Al abrazarlos, aunque no sabía todavía que estaba el abad Teodoro -éste no abrazó al papa en primer lugar, sino que designó a los ancianos venerables para saludarlo primero-, lo reconoció y, tomándole la mano, le dijo: “¿Cómo están los hermanos?”. (Teodoro) respondió: “Gracias a tus santas oraciones, estamos bien, padre”. Entonces los hermanos comenzaron a cantar los salmos. Había cerca de cien personas y, en toda esa gran multitud, nadie conocía a su vecino. El abad Teodoro sostenía (la rienda) del asno del papa, caminando delante de él con los hermanos que salmodiaban; y había a ambos lados antorchas y lámparas.

Continuación del relato de la visita de Atanasio

144. El papa, viendo al abad Teodoro inflamado en el Espíritu, y que no sólo no evitaba encontrarse en medio de la abigarrada multitud, sino que también las antorchas casi lo quemaban, y que tenía tanto entusiasmo y fuerza espiritual; dijo a los otros obispos: “¿Ven cómo el padre de tantos hermanos se fatiga corriendo delante de nosotros? Nosotros no somos los padres. Aquí están los padres, los que practican la humildad y la obediencia a causa de Dios. Felices y benditos aquellos que llevan con-

⁷⁴ Atanasio realizó este viaje en 363. En efecto, había dejado Alejandría el 24 de octubre de 362, huyendo de Juliano el Apóstata (Veilleux, p. 422).

⁷⁵ *Nomos* se denomina a cada una de las subdivisiones territoriales del Antiguo Egipto. Este nombre es de origen griego, la palabra egipcia era *hesp* o *sepat*, que designaba la superficie cultivable de los territorios.

tinuamente la cruz del Señor, cuya ignominia es gloria y cuyo peso es reposo (*Mt* 10,38; cf. *Lc* 9,23; 14,27), hasta que sean coronados”. Después de haber pasado algunos días en las ciudades de Antinópolis y Hermópolis beneficiándolos con divinas palabras, subió a los monasterios. Y viendo el muy sincero afecto de los hermanos hacia él, se alegró, glorificando al Señor. Al visitar el monasterio se maravilló de todo: la *synaxis*, el lugar donde comían, las celdas de cada casa, los taburetes⁷⁶, y dijo: «Teodoro, haz realizado una gran obra procurando paz a las almas. He oído especialmente sobre sus reglas monásticas. “*Todo es muy bueno*” (*Gn* 1,31)». Teodoro le dijo: “La gracia de Dios está en nosotros por medio de nuestro padre (Pacomio). Pero verte es como ver a Cristo”.

Habiendo pasado allí algunos días, (Atanasio) le dijo al abad Teodoro: “Como la Pascua está cerca congrega a los hermanos conforme a la regla (*typon*) de ustedes. Y yo obraré según el Señor me lo disponga”. Después lo abrazó y se despidió, escribiendo por su intermedio al abad Orsio y a los hermanos una carta con el siguiente contenido: «He visto a tu colaborador y padre de los hermanos, Teodoro, y en él al Señor del padre de ustedes, Pacomio. Me he alegrado al ver a los hijos de la Iglesia⁷⁷; y nos han reconfortado con su presencia. El Señor los recompensará (*Hb* 11,6). Cuando Teodoro estaba por ir a verlos me dijo: “Acuérdate de mí”. Y yo le respondí: “*Si te olvido, Jerusalén, que mi diestra sea olvidada; que la lengua se me pegue al paladar sino me acuerdo de tí*” (*Sal* 137 [136],5-6)». Y, habiendo cedido al papa el barco con los hermanos, Teodoro les dijo: “Vayan con él adonde desee. Porque tiene poder incluso sobre nuestros cuerpos”.

Teodoro consuela a Orsio y lo lleva de vuelta a Pabau

145. Mientras tanto, el abad Teodoro buscaba consolar a nuestro padre Orsio de la aflicción que había padecido anteriormente. Y comenzó a atraerlo poco a poco para que volviese al monasterio de Pabau, primero para visitar a los hermanos: Orsio vivía, en efecto, en Monchosis⁷⁸.

⁷⁶ O: “las banquetas”; “Dormirán siempre sobre la banquetta recibida para el caso, ya sea en la celda, sobre las terrazas (donde se reposa de noche para evitar los grandes calores), o en los campos” (Pr. 87).

⁷⁷ Esta expresión muestra qué tipo de relaciones había entre los monjes pacomianos y la jerarquía (Veilleux, p. 422).

⁷⁸ Esta información es errónea. Orsio se retiró, luego de su dimisión, a Seneset, y nada permite suponer que más tarde haya cambiado de monasterio. Tanto más cuanto que en Monchosis seguía de superior Apollonio, quien había comenzado la revuelta contra Orsio (Veilleux, p. 422).

Con exhortaciones, lo llevó (a Pabau). Y, adelantándose, hizo dar la señal al hebdomadario para llamar a los hermanos: así estos lo abrazaron. En seguida, a la hora de la catequesis, Orsio dio la catequesis en medio de ellos como lo solía hacer antes. Y el abad Teodoro, como su asistente escuchaba de pie. Después de esto, por su mutuo afecto, el abad Orsio no quiso que se separasen porque los dos eran como un solo hombre. Todos admiraban su bondad vivificante, porque habían sido instruidos por el Señor para ser uno. Teodoro era como su segundo, consultándole sobre todas las cosas. Una vez iba el abad Orsio a los monasterios para visitar a los hermanos; y otra vez, lo hacía el padre Teodoro; éste no se concedía descanso a causa de la solicitud que tenía.

Enriquecimiento de los monasterios. Dolor de Teodoro

146. Como hemos dicho antes, habían adquirido muchos campos y también, después de algún tiempo, muchos barcos, porque cada monasterio construía sus naves. Por causa de esto no tenían descanso y estaban cargados con graves obligaciones. En tiempos del abad Pacomio, en tanto eran poco numerosos, se cuidaban para no estar cargados con el peso de posesiones materiales, porque el yugo del Señor es ligero (*Mt* 11,30). Cuando Teodoro vio que muchos comenzaban a alejarse del modo de vida de los hermanos ancianos, se entristeció mucho por ellos. Ayunó, comiendo sólo día por medio, velaba rezando con lágrimas, y usando una camisa de pelos bajo la túnica durante la noche. Con frecuencia, los hermanos al verlo, comprendían que tenía algo. A menudo iba de noche silenciosamente a rezar a la montaña donde se encontraban las tumbas de los hermanos, a una distancia aproximada de tres millas⁷⁹. Una noche un hermano lo siguió, y vio de lejos que rezaba de pie sobre la tumba de nuestro padre Pacomio. Escuchó la oración que hacía y tuvo miedo. He aquí lo que decía en su oración: “Señor de tu servidor el abad Pacomio sobre cuya tumba estoy parado en este momento, dignate visitarme si es tu voluntad. Porque nuestra negligencia se ha multiplicado y no hacemos lo que es bueno. Sin embargo, no abandones, Señor, a tus servidores. Si somos negligentes, despiértanos. Si somos despectivos, llénanos de temor, recordándonos los castigos eternos. Concédeles caminar por tu buen camino, porque tú nos has creado (*Sal* 139 [138],13), oh Señor, y tú no has guardado a tu Hijo único, sino que lo entregaste por todos nosotros (*Rm* 8,32), para que fuésemos salvados”. Pasó mucho tiempo orando así, y después descendió.

⁷⁹ Un poco más de 4,8 kms.

Muerte de Herón, segundo de Teodoro de Alejandría

147. Antes de la Pascua enfermó un joven de la ciudad llamado Herón, segundo del abad Teodoro de Alejandría⁸⁰. Y en la mitad de Pascua, se esperaba que muriese. El mismo Sábado, por la tarde, mientras los hermanos estaban en la *synaxis*, él estaba en agonía⁸¹. Nuestro padre Teodoro salió de la *synaxis* y le encontró entregando su espíritu: le habló y le cerró los ojos. A continuación dijo: “Este hermano que acaba de morir es un signo que algún otro morirá inesperadamente”. Y así los hermanos velaron, haciendo lecturas junto al cadáver. Al alba del Domingo de la Alegría, prepararon el cuerpo y lo sepultaron con los hermanos cantando los salmos.

Enfermedad y muerte de Teodoro

148. Algunos días después, el mismo Teodoro enfermó, después de haber despedido con gran consuelo a los hermanos que, de cada monasterio, habían venido para la Pascua⁸². Les había hablado con mucho celo sobre temas útiles, sabiendo que ya había salido de este mundo (*Jn* 13,1). A su cabecera estaba el abad Orsio, todos los grandes y los (otros) hermanos. Cuando Orsio vio que se inclinaba para dejar este mundo, llamó a los hermanos a la *synaxis* para orar al Señor por él, para que le dejase vivir. Cayendo rostro en tierra, llorando amargamente, decía con los hermanos: “Señor, ¿quieres llevarte al que nos ha dado el reposo? ¿A quién nos abandonas? Tómame a mí y déjalo vivir a él que puede corregir y gobernar a los hermanos”. Así hicieron durante tres días. El hombre estaba próximo a entregar su alma y dijo al abad Orsio, en presencia de los otros: “¿Te he disgustado alguna vez con una palabra o una decisión?”. Y no pudo responderle, a causa de su llanto. Dijo (Teodoro) de nuevo: “No tengo conciencia de haberte disgustado, no sólo a ti, sino algún otro hermano, porque jamás he descuidado la salvación de mi alma y la de los hermanos en la medida que pude; y esto no es mérito mío sino del Dios misericordioso. Mira, mi testigo está en los cielos, mi confidente está en

⁸⁰ Corría el año 368. El texto griego dice aquí y en el reglón anterior (“de la ciudad”): *politikós* (= ciudadano). Festugière lo traduce las dos veces por: Alejandría (p. 242), en tanto que Veilleux se ciñe al original y opta por: “hombre de la ciudad” (p. 404).

⁸¹ Lit.: “en los dolores de la muerte”.

⁸² Según SBo 206, los hermanos del área próxima a Pabau retornaron al enterarse de la enfermedad de Teodoro (Veilleux, p. 423).

las alturas (*Jb* 16,19)”. Con estas palabras él entregó su espíritu, el dos del mes de *Pachón*⁸³.

Entierro de Teodoro. Orsio vuelve a ser padre de la Koinonía

149. El clamor de los hermanos fue tan fuerte, porque no podían retener su llanto, que fue escuchado por la gente que vivía en la otra orilla del río. No podemos describir todo lo que pasó. Después de permanecer en vela como de costumbre, al rayar el alba prepararon el cuerpo, lo llevaron cantando a la montaña salmos y lo enterraron. Después que descendieron, un anciano, el segundo del monasterio de Pabau, llamado Nafersaes⁸⁴, fue junto con otros, y lo transfirió cerca del cadáver del abad Pacomio.

Los hermanos pasaron algunos días en gran aflicción, diciendo: “Nosotros lo hemos apenado tanto que él oraba continuamente al Señor (para que lo llevase); y he aquí que ha partido y nos ha dejado”. Recordaban su gran bondad hacia todos y el temor de Dios que poseía, y estaban en un profundo dolor, porque había pasado mucho tiempo sirviendo al Señor con todo su corazón.

El abad Orsio estaba de nuevo en posesión de su propio cargo y gobernaba a los hermanos según su capacidad. Era sumamente bueno y amaba salvar las almas de los hermanos. Dios le dio fuerza, abriéndole la comprensión de las Escrituras. Gobernó a los hermanos en la paz un largo tiempo.

Carta de Atanasio a los hermanos

150. Cuando el muy santo arzobispo Atanasio escuchó lo sucedido a nuestro padre Teodoro, estaba apenado. Envío al abad Orsio y a los hermanos, la siguiente epístola, consolándolos por su muerte: «Atanasio al abad Orsio, padre de los monjes, y a todos los que con él practican la vida monástica y están establecidos en la fe de Dios, hermanos amados y muy queridos, saludos en el Señor. Me enteré⁸⁵ de la muerte del bienaventurado Teodoro, y recibí esas noticias con gran preocupación, sabiendo cuán bueno era él para ustedes. Ahora bien, si Teodoro no estuviese

⁸³ 27 de abril de 368 es la fecha más probable; otra opción, mucho menos segura, es 12 de abril de 369 (cf. Veilleux, p. 294).

⁸⁴ O: “Naphersaes”. En SBo 207, es Orsio mismo quien realiza la tarea, a solas con tres hermanos (Veilleux, p. 423).

⁸⁵ Lit.: “escuché sobre la muerte”.

más, tendría que hacerles muchos discursos con lágrimas, reflexionando lo que (sucederá) después de su muerte. Pero como Teodoro está vivo -el que conocemos ustedes y nosotros⁸⁶- ¿qué debo decir en este escrito, sino sólo: “Bienaventurado Teodoro que no marchó en el consejo de los impíos” (*Sal* 1,1)? Más aún, es siempre bienaventurado porque temía al Señor (*Sal* 112 [111],1). Ahora nos atrevemos a llamarle bienaventurado, con total certeza, porque habiendo llegado, como si fuera un puerto, posee una vida sin preocupaciones. Ojalá que fuese así para cada uno de nosotros; ojalá cada uno de nosotros corriendo pudiese alcanzar la meta de esta forma; ojalá cada uno de nosotros navegando pudiese atracar su barca en ese lejano puerto libre de tormentas, para que descansando con los padres diga: “Aquí habitaré, porque ésta es la casa que he elegido” (*Sal* 132 [131],14). No lloren, queridos y amados hermanos, a Teodoro, porque no está muerto sino que duerme (*Mt* 9,24). Que nadie llore al recordarlo, sino imiten su vida. No tiene sentido entristecerse por alguien que fue al lugar donde no hay tristeza. Esto les escribo a todos ustedes, pero especialmente a ti, muy querido y amado Orsio, para que ahora que él está muerto, aceptes toda la responsabilidad y tomes su lugar entre los hermanos. Cuando él vivía, los dos eran uno solo. Si uno salía de viaje, las tareas de los dos estaban cumplidas; si los dos estaban presentes, se convertían en uno, dando a los bienamados útiles instrucciones. ¡Haz entonces lo mismo! Obrando así, escríbenos, y cuéntanos sobre tu salud⁸⁷ y la de los hermanos. Oren todos juntos, les ruego, para que el Señor conceda más y más la paz a las Iglesias (*Col* 3,15). También ahora hemos celebrado con alegría la Pascua y Pentecostés⁸⁸, y es en la alegría por los beneficios del Señor que les hemos escrito. Saludos a todos los que temen al Señor. Les saludan los que están conmigo. Ruego que tengan fuerza en el Señor, queridos y amados hermanos».

⁸⁶ “El sentido de la frase es que Teodoro está aún vivo en la persona de Orsio” (cf. SBo 210; Veilleux, p. 423).

⁸⁷ O: “sobre tu salvación (*soterías*).

⁸⁸ O: “y los Cincuenta Días”.

Fin de la Primera Vida Griega de san Pacomio

Addenda et corrigenda

SBo = las indicaciones que se dan en las notas remiten a la trad. de A. VEILLEUX, *Pachomian Koinonia. The Lives, Rules, and other Writings of Saint Pachomius and his disciples. Volume One. The Life of Saint Pachomius and his disciples (Translated with and introduction by Armand Veilleux, Monk of Mistassini. Foreword by Adalbert de Vogüé, Monk of La Pierre-qui-Vire), Kalamazoo (Michigan) 1980, pp. 23 ss. (Cistercian Studies Series, 45).*

Número 172 de Cuadernos Monásticos:

Nota 21: leer n. en vez de ns.

Notas 48 y ss.: leer G¹ en lugar de G1

nota 69: ... *las promesas*, en vez de: ..*las promesas*

nota 72: G², en lugar de: G2

§ 22: (*Sal* 18 [17],37), en vez de: (*Sal* 18 17,37)

Notas 119 y 120: G³, en vez de: G3

Número 173 de Cuadernos Monásticos:

§ 37, línea 4: padre en lugar de Padre

Nota 28: leer Gehazí [Gejazí] en vez de Gezahí

§ 65: *el hombre viejo (Col 3,9)*, en lugar de: *el hombre viejo Col 3,9)*

nota 87: *Sal 34 (33),18*, en vez de: *Sal (34) 33,18*

Número 174 de Cuadernos Monásticos:

§ 94: Cristo, Hijo del Dios viviente, en vez de: Cristo, hijo del Dios viviente

§ 96: tirándose desde (lo alto) de una roca, en lugar de: tirándose desde una desde (lo alto) de una roca

Nota 44: edición en vez de: edición

§ 99: hemos, en lugar de henos